



Almas Nocturnas.

A LUIS GONZALEZ OBREGON.

Vicentillo, con su eterno gracejar como calandria gorjeadora, andaba medrosico y con el espíritu temblón. Era garrotero del Interocéanico; trabajador como una lanzadera, terror de los espantanublados cobardones y pródigo de veras con los amigos y las mozas del barrio de las Paztoreza y de la Presa del Carmen.

Y nada! que hoy no podía quitarse el miedo vago, brumoso y gris como telaraña que envolvía su corazón.

Cuando en corro de muchachos hablan-chones, después de las adivinajas, venían las historietas sobrenaturales, Vicentillo, fornido y ágil como un toro, sentía un extraño malestar en su interior.

¡Carambola con el miedo!—se decía mentalmente.—Cuando menos me figure, la 66 (máquina de camino), me despanzurra co-

mo una breva. ¡Porque algo malo me anuncia esta preocupación!

Y el temor le abandonaba, cuando de vuelta de Veracruz, apretando los chirriantes frenos, sacudiéndose la grava del carbón de piedra y balanceando su linterna de aceite de manteca, dejaba la techumbre de los vagones de carga, que antojábanse baúles gigantescos. ¡Entonces sí que la bravura entraba á su pechazo como un águila á su nido puesto en la hoquedad de un pedrejón! Y saltando durmientes como barrotes de una escalera colosal, dirigíase á su choza de cuarterones, perdida en un oscuro rincón del valle; tan oscuro, como si allí hubieran apelmazado á puñetazos la tiniebla.

¡Ni siquiera piensa en los aúllos del coyote que ronda las lejanas haciendas; ni en los gatos que corren por las cercas recubiertas de calabacilla marchita, ni en los silbos del viento en los naranjos perfumados! Pone la linterna en una estaca, y tumbase á dormir como borracho. ¡Qué trabajo más brutal!

Si despierta, y extinta la linterna quiere fumarse un chicote de los Tuxtles, estregase los ojos, estira los brazos mugiendo como buey y tranquilamente busca tentaleando su fosforera de celuloide, regalo de un camarada. ¡Qué miedo ni qué canastos! Unas bocanadas, unos bostezos y á dormirse de un tirón!

En la mañana olorosa, cuando la neblina se ha ido y se calientan al sol los lagar.

tos granillosos, desciende Vicentillo saltando los durmientes á ver si acaso le toca una corrida, cuál es el número de la locomotora y los nombres del conductor y maquinista. De paso engúllese un tazón de café trigüeño y una loma de pan grajeado. Si le toca la corrida ¡caracoles con el miedecillo impertinente! Si nó, aquí juguetea, allá platica ó le ayuda á los amigos á enganchar vagones metiendo los pernos en los topes, aceitando las chumaceras, despolvando los domos que parecen columnas de hierro, ó frotando las flechas relucientes que se mueven como el brazo de un autómeta inmenso.

No presume, pero sí correctamente vestido. Zapatos bayos, pantalones de tela de cordoncillo azul y bolsas con estoperoles de cobre; blusa del mismo color anudada al frente, pañuelo de roja seda en el pescuezo, arriscado fieltro negro con sus pespuntos al borde y los anillos de plata en la derecha.

Su juventud estaba en plena granazón. ¡Vaya si era guapo! decían las muchachas de los lavaderos del camino. ¡Y valiente como nadie!

¡Y sí que lo era! Pero al subir en los vagones y al cansado atardecer. . . . ¡cachimba con el miedo impertinente! ¡De seguro la 66 me va á despanzurrar como una breva! . . .

*
* *

Jadeaba la 66. El aventador, recién barnizado; el ojo de la farola, más limpio que un brillante; los tubos de escape, rosados como una mejilla de mujer; el tanque de carbón, rebosante; 180 libras de presión y 18 carros apretados de cerdos, maquinaria y mercancías. Empezó la ascensión; subía una columna de humo como un caracol; una aspersión de chispas y carbón caía á los lados; el vapor, fugaz é intermitente silbaba, y la flecha de pulido acero se movía como el brazo de un autómeta que hiciera girar el manubrio de un cilindro. Y Vicentillo, saltando de carro á carro, regaba sus adioses á granel.

La máquina resoplaba rudamente, disminuyendo á la distancia, haciendo retemblar el campo. En la puente carcomida, junto al florecido habar, silbaba la locomotora agitando su pañuelo de humo en señal de tierna despedida. Aquí, los bosques de naranjos barnizados y las casuchas de teja; allá, los bananeros con sus plumas de quetzal, los ciénagos habitados por dolientes garzas blancas y moñudos pájaros azules.

En cada estación desciende Vicentillo, y á escape vá engullendo una papaya, un zapote domingo ó agridulces piñas rojas. El sol parece la redonda portezuela de una hornaza; requema el ardoroso am-

biente y hasta la misma locomotora parece que aceza fatigada. Kilómetros y kilómetros!

Pero eso sí! En Veracruz aguardan á Vicentillo las mojarras fritas y los pargos sancochados y encima cuatro litros de la cerveza más rubia. Y como epílogo, un chicote de los Tuxtlas de lo muy fino!

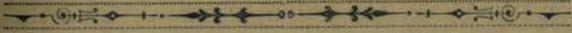
*
* *

A las cuatro de la tarde viene ya de vuelta Vicentillo. El sol avienta al sesgo sus flechazos; una brisa coquetuela pasa por los rostros sus pañuelos húmedos y la 66 parece que camina á algún bautizo. Los kilómetros se acortan, la tarde va cayendo, y cuando en vaguísima penumbra se pierden los contornos de las casas, el miedo aquél impertinente escarabajea el pechazo de Vicentillo.

¡Qué diablos me irá á pasar! Embrazada la linterna, saltando de carro á carro, escudriñaba al salir de las estaciones si no iba algún viajero de mosca, es decir gratuitamente, sentado en los topes de los vagones traqueteantes. Cuando iba la locomotora con más fuerza, al pasar de un techo á otro, Vicentillo vió á alguien sin sombrero, sentado entre los topes. Bajó la linterna, y entonces vió una cara con unos ojos extraños: de niño, de loco, de buey. Quiso hablarle y se dejó caer aquella criatura. Hizo señas con la linterna;

detúvose bruscamente el tren; bajaron todos á buscar el cadáver de aquel hombre, y sólo encontraron las huellas pequeñas de un niño recién nacido.

Desde entonces anda Vicentillo asustadizo como gacela, y con el espíritu temblón!



El Alma de las cigarras.

A EFREN REBOLLEDO.



Helechos arboriformes, coleópteros metálicos, limbos de hojas fosilizadas, mariposas de colores varios, pavones de tinte opaco, carcajes de huicholas y copias en yeso de petroglifos antiguos, todo en relativo desorden duerme en una vitrina de mi parva biblioteca, en cuyo ambiente se respira reposo y respetuosa quietud.

Sobre la mesa, los folletos últimos que cuentan la irreverencia de los sabios egipcólogos, cuya implacable azada turba el reposo sacrosanto y milenarío de los Faraones, Jefrenes y Sesostris; el cenicero que remeda un escarabajo de madera obscura y el tintero formado con tres conchas tornasoladas y frágiles.

A la izquierda, una cajita de oloroso cedro, en cuyo fondo tapizado de terciopelo negro se miran y simulan fascinadora conversación tres cigarras melodiosas,

de ojitos verdes y alas como de gelatina transparente, que forman el centro de un círculo de espigas de trigo candeal.

Por una rotura del cristal esmerilado entra un rayo de sol occiduo, que parece una probeta luenga y fina de agua llena, en la que flota el polvo de la alfombra como una legión de animalillos inquietos.

El silencio hace posibles los alivios con sólo la meditación; el crepúsculo es el amigo de los pensamientos solemnes como pontífices, que ríen de lo efímero y ponen el oído atento á las grandes voces de la tierra y la inmortalidad.

¿El espíritu moderno necesita resucitar como Hipólita al conjuro de Esculapio? ¿Tendrá que bajar nuevamente Apolo á matar la serpiente Pyton?

En el absoluto olvido de lo fugaz de la vida humana está la salvación. Finjamos creer como lo desea un nobilísimo escritor moderno, que la juventud se encuentra al fin de la existencia; afirmemos, con fe de romanistas, que nuestros obeliscos y nuestras obras, y las ruinas de Palenque y los mármoles de Arundel, en donde está grabada la crónica de Atenas, vivirán por una eternidad de siglos y de siglos. El anhelo así, tiene acicate; el velero así, pide aquilones.

No pensemos en lo desproporcionado de las recompensas; el arrufianado triunfa siguiendo los senderos que trazó Ezequiel, preso en Caldea, y que por decreto supremo comió durante trescientos noventa días

panes de cebada con inmundicias humanas; nó, las tumbas que guardan tales despojos no merecen ser siquiera muladares; hagamos porque nuestras fosas merezcan las flores de nuestras amadas, no olvidando, como labios divinos expresaron, que el tiempo está formado de polvo de oro, colmillos de elefante y plumas de avestruz.

Acopiemos energías y difundamos bienestar y fe; abillantemos el alma con el deterativo de la voluntad, para que, como broqueles bronceos, aprisionemos el Sol y despedamos rayos. No morirá seguramente el que mire el Tabernáculo; si ya no hay perros que devoren Acteones, que haya Acteones devoradores de perros.

Quememos nuestra vanidad como seroja; los arúspices actuales predicen vuelos á las erguidas flechas que con astil sin barbas, parten de los arcos distendidos; á los sembradores que cantan bajo soles y relámpagos y á los cometas cuya ruta se pierde más allá de los sueños de los hombres. El espíritu que pisa sus lentejuelas y en combustión perpetua se trueca en músculo, bien puede en los juegos circenses de la humanidad, oír nuevamente con sonrisa de serenidad las resonantes estrofas pindáricas, sonoras como parches bélicos en el aire trémulo de la victoria.

Tengamos optimismos salvadores; pensemos que sobre la disgregación de la materia flota una enseñanza, queda un ger-

men y se trasmite un canto de gorja á gorja y de corazón á corazón. Las abdicaciones huyeron de las almas; el pensamiento debe laborar hasta en las agonías, como las mariposas que vuelan sólo para dejar sus huevecillos en un peciolo y morir.

El arredro es enemigo de la fe; la envidia hace perder muchas horas en el viaje, que debe ser fructífero por corto y debe ser corto por fructífero. «En esta época, una hora perdida es una pérdida irreparable.» Laboremos, cantemos sobre la muerte!

.....

.....

Distraído en mis pensamientos, la sombra anegó la estancia. Un infinito sosiego me invadía. Súbitamente, en el silencio grave, como diminutas carracas de sándalo sonoro, como uñas de mujer dobladas y de pronto sueltas, como lengüitas de niño que golpean saboreando el paladar, las tres cigarras, muertas hacía cinco años, estridularon alegremente como ante el sol y el viento ardentísimos del estío, se carcajearon locamente y sus alitas secas vibraron de placer!

—♦♦♦—

Almas Errantes.

A JUAN R. ORCI.

"El ferido de punta de ausencia y el
llagado de las entretelas del corazón...."
CERVANTES.

—Me muero sin esperanza; presiento, desconocida compañera mía, que nunca nuestros corazones latirán á compás, como el astro en el cielo y en el estanque su imagen. Tú eres la de cabellos de oro y alma frívola que pasa en automóvil á mi lado, despertando asombros y mirándome con indiferencia sin igual. Ignoras mi formidable soledad y la inextinguible sed que tengo de ternuras; recuento las estrellas, y me parecen despreciables junto á mis anhelos infinitos, y antójaseme parvo el horizonte al lado de la inmensidad de mi desesperación perpetua.

Momentáneamente fija tu pensamiento y escúchame. ¿Has visto, por acaso, lo que oculto en mi interior? ¿Conoces, por

asomo, los principios que sustenta mi moral? ¿Por qué, pues, insultas mi dolor con una superioridad y compasión, que ni acepto ni reclamo? Hagamos el balance de nuestras vidas, y prescindiendo de inútiles susceptibilidades que van á ras de tierra, afrontemos la verdad.

—Sentimental educación nutrió tu espíritu; ignoras todavía que golpes de fortuna, y acaso algo más vil, llevarán á tus padres un caudal; y ellos, pletóricos de vanidad y ansiosos de ocultar un gran pasado, te infiltraron el desprecio á las montañas de donde surgen las catedrales, el odio á las campiñas solemnes de fecundidad y pródigas de simientes y gorjeos; el horror á los socavones de las minas que ocultan gemas y esconden auroras y el miedo á la miseria creadora y refulgente.

¿Qué has visto en tu redor? ¡Horribles abyecciones y desvergüenzas inauditas; vanidades espantosas de corazón y pensamiento; almas ciegas á la belleza, sordas ante el infortunio y mudas ante el amor! ¿Cuál estandarte has visto flotar en esas platitudes infinitas, desoladoras como un agrio cantoral? ¿Qué palabra de justicia ha signado tu alba frente, con el pliegue de la meditación? ¿Qué armonía de ensueño ha crucificado tu espíritu, en la blanda cruz de una esperanza, que tienda su ala diáfana más allá de la Vía lactea, que corre como un río de mariposas blancas? ¿Cuál querella que plañe

de amargura te ha hecho vibrar con estremecimientos de piedad y presentir que hay almas en cuyas noches interminables, pasean los cometas sus hachones humareros, y las auroras boreales levantan su arco mirífico como de coloridas aguas que saltan de un venero mágico?

Acaso tu inconsciencia te disculpa; temes amar á quien la vida le mostró su libro, á quien percibe las lejanas voces de la eternidad entre el necio tumulto de las vanidades humanas.

Tu talento y tu carácter rechazan la muralla de preocupaciones indecorosas que te ahoga, y en espera vigilante aguardas al que debe despertarte, aun cuando ostente la sandalia polvosa del camino y el áspero alforjón de los viandantes. El sabe cuentos que huelen á mirto y leyendas que ingertan alas en los hombros.

Le esperas y te espera. ¿Cuándo?... Tal vez pronto! Cuando pases en tu rápido automóvil por el bosque secular, con tu sombrero de plumaje regio, mirando como avejilla en manos de un rapaz á los transeuntes, empalidecerán las rosas de tus mejillas á su mirada, y algo interior, como un repique de campanas celestiales, como el presentimiento de una sucesión de primaveras, te dirá como un suspiro: ¡es él!

Y acaso no podrá acercársete, porque la leyenda de la fortuna y fausto de tus padres, le impondrán. ¡Imposible que acepten ellos un ideal en tu vida, siendo

la suya un camino aplastante y arenoso, en donde no culmina ni una flor! Pero tú sabrás buscarle, que ya reclusa en tu convento de oropel y falsedades odiosas, suspiras por una voz que tenga timbre de verdad y sonoridad angusta de viento libre; por una voz que te sugiera el ansia de morir de amor, de correr por la campiña perfumada y virgen, para reposar después sobre el pecho de donde suspirando se escapó!



Un Alma en Pena.

A MANUEL ZAMORA.

Caliginoso y triste estuvo el día. El arenisco movedizo de los médanos no formaba encajes, ni resonaba dulcemente contra los arbustos endurecidos.

Parduscos paquebotes estaban inmóviles, unidos por sus cadenas como una continuación de ceros á las boyas fluctuantes que se antojaban peonzas gigantescas. Cañoneros pintados de blanco oscilaban mansamente, y unos botecitos de vela, que á distancia simulaban carpas diminutas de cirquero, iban por el mar tranquilo con imperceptible balanceo de cunas.

Una lancha carbonera arrojaba elipsoidales columnas de humo negro, á intervalos silbando roncamente, y en redor de un trasatlántico germano, semejante á un gorro frigio colosal, las gaviotas en vacilación perpetua, como arpones retenidos

por cables invisibles, espiaban las inmundicias que de los barcos emergían.

Entre furgones ennegrecidos y botes abandonados en la playa para indispensables calafateos, como restos de un naufragio formidable, morenos cargadores, masticando y concluyendo á sonoras fumaradas un tabaco, tumbábanse al desgaire.

Los malecones desiertos; el mar rizado apenas como si á flor de agua millones de peces caminaran y difundidos en el ambiente, desencanto y hastío.

En las afueras de los restaurantes, las diseminadas mesillas metálicas esperaban vanamente parroquianos, y en el sombrío parque desierto, solamente las urracas como cerraduras emmohecidas rechinaban ásperamente. Los esbeltos cocoteros movían blandamente sus plumas de quetzal, y por las persianas de madera veíase á los gallegos clavados en sus pupitres. A ratos, bellas mujeres pálidas, con vestidos de piqué y corpiños de indiscreta redecilla, pasaban, de blanco como sus almas adorables, por los portales amplísimos y desiertos.

Añublado estaba el cielo; el aire densísimo y ardiente; hálitos de horno subían del suelo; las brisas soltaban sus alitas desfallecidas y las hojas de los árboles colgaban sin aliento.

Lentamente las arenas fueron adquiriendo vida; se perseguían en las baldosas, resbalaban por los médanos como gusanillos inquietos; volaban repicando en los

cristales y arrastraban y torcían sus velos en los cruceros de las calles. Los árboles se agitaban convulsivamente; el viento del Norte parecía romper las gavias, resoplando en las cornetas de los ventiladores de los buques, que al oscilar y desplazarse un poco, hacían correr contra el muelle incommovible los cepillos de cable que evitan las abolladuras de los cascos, y en la noche se les oye rugir como leones.

Bajo el piélagos, antojábase que reventaban cohetes de dinamita; las ondas resonantes tenían hervores de plata fundida, y cuando á los peñascales del faro subían arrastrándose las olas, parecía que casi á ras del agua iban resoplando cólericos tritones fabulosos ó crinados hipocampos nunca vistos. Una balandra entró á la rada y el bailoteo de las embarcaciones pequeñas no cesó un instante.

La tarde fué cayendo apesarada y sombría; el viento estregábase en los mástiles de los navíos y en los muros de las casas; el resonar inacabable de las ondas llenaba el espacio y sordamente se oían himplar los cepillos de cable al rozarse contra el muelle incommovible.

El fanal parpadeante abrió su abanico de fulgores; las luces de los barcos, al reflejarse en las aguas trémulas, dejaban un rastro de luz rojiza como resplandor de cañonazo, y la luna que á instantes se mostraba, en el cielo parecía una lámpara de cristal esmerilado con pie de onix, y en

las ondas, una rosa de nácar deshojada, cuyos pétalos convulsos y luminosos se buscaban como tratando de adherirse al cáliz.

La temperatura había descendido bruscamente; el Norte barría las calles y aventaba á los vitrales puñados de granalla.

En el restaurante de mi hotel, cenaba con Manolo Paderewski; un amigo amado fraternalmente y cuyo corazón ha estado siempre en mis cuitas. Hablábamos de la belleza imponderable del mar; de las Oceanidas de ojos glaucos que cantan quejumbrosamente; de los delfines eróticos; de las sirenas que lloran por tanto naufrago infeliz; de los cefalópodos que flotan como yerbas; de las actinias que viajan con sus raros parasoles; de las medusas que pasan como setas extrañas; de los infusorios fosforescentes que ponen lumbre de aurora bajo las aguas del mar.

—¿Irémos al rompeolas?

—Irémos.

El Norte ahogaba con su fuerza; parecía detenernos y tratar de derribarnos. Los barcos en la noche parecían ruinas que por estrechas claraboyas lanzaban un poco de luz; remedaban las olas á distancia un tumulto de gaviotas disputándose un manjar, y ya en el malecón veíamos, como nubes escarmenadas, manchones de blanca espuma que al estrellarse contra el muro regaban sus millones de margaritas de cristal.

Las olas se abombaban como si bajo de

ellas soplara un Leviathán; negras á lo lejos y diáfanas cuando bruscamente detenidas se abrían como gigantescas conchas marinas encarrujadas por doquier.

De pronto vimos un pequeño resplandor fluctuando en el oleaje; fué acercándose, y la ola que le traía en su seno se detuvo un instante al nivel del malecón; y entonces vimos, como en las manos de una reina, el cuerpo de una mujer más blanca que todos los mármoles, que parecía no pesar y que besándonos casi, lanzó un gemido de dolor. La ola se trocó en espuma, y cuando trémulos bajamos de la muralla y estuvimos solos, yo grité á mi amigo:

—¡Ese cadáver que tú viste, es el cadáver insepulto de un gran ensueño de amor!

